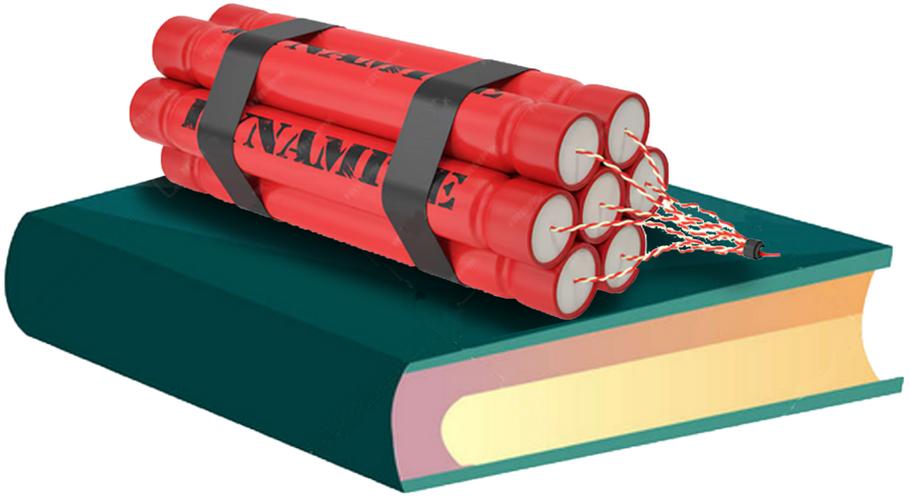


EL LECTOR ABURRIDO



Jordi Pascual Morant

A stylized, handwritten signature or logo consisting of a few simple, curved lines.

EL LECTOR ABURRIDO

Jordi Pascual Morant



El lector aburrido

© Jordi Pascual Morant 2024

Diseño: Jordi Pascual Morant

Edición de texto: Laura Gomara Panadero

1ª Edición.

Castelldefels 2024

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un medio informático, ni su transmisión en cualquier forma o mediante cualquier otro medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otras) sin autorización previa y por escrito del titular del copyright. La infracción de estos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

<https://www.pascualmorant.com>

LA ELECCIÓN

El lector se decidió por *La ciudad y sus muros inciertos*, de Haruki Murakami. Cuando iba por la página 78, pensó: «Pero qué rollo de novela».

«Atención: Murakami –igual que los Beatles– provoca adicción». Rodrigo Fresán, *El País*. «Murakami merece el Nobel». Rafael Narbona, *El Cultural (El Mundo)*. «Murakami es el mejor escritor vivo». Pablo d’Ors, *Abc Cultural*. «Leer a Murakami es una experiencia transformadora, es adentrarse en un bosque, bajar a un pozo, pasear por un sueño». Antonio Lozano, *La Vanguardia*.

Todas esas exclamaciones de admiración hacia el escritor japonés le hicieron pensar que valía la pena leerlo, que por fin encontraría el libro que atraparía su atención. Pero una vez más se sintió engañado. Había observado que los más vendidos eran las novelas, por eso indagó por internet cuáles estaban en la lista de las mejores.

Cuando compró la de Haruki Murakami, ya

tenía una colección extensa de reconocidas firmas literarias. Se aburría con todas las novelas que leía. Al principio las terminaba, a pesar de que a las pocas páginas ya sentía indiferencia. En los últimos meses, su mente desconectaba de la lectura y olvidaba lo que leía. Como si hubiera sido abducido por extraterrestres y no recordara las horas vividas, así se sentía cuando dejaba de leer: los textos desaparecían de su memoria.

8 |

Durante sus estudios universitarios, Leoncio tuvo que leer muchos libros sobre el mundo de los negocios y la empresa: microeconomía, contabilidad financiera, gestión de recursos humanos, planificación y *marketing*. Cuando se graduó en la universidad –después de cursar cuatro años en Ciencias Económicas y Empresariales–, tenía acumulados más de cincuenta tratados llenos de tecnicismos. Quiso liberarse de aquel mandato universitario y escoger sus propios libros para hacer honor a la palabra latina *lectus*: leído, escogido. Se había propuesto saborear el relax de la lectura.

«¿Existirán libros para mí?», se preguntó.

Era hijo único, con unos padres muy ricos que le mantenían encadenado a la comodidad con la esperanza de favorecer su formación. Podía comprar tantos libros como quisiera: con tapa dura, blanda o solapados, encolados o cosidos.

Alberto y Susana, sus “benefactores” padres, no le apremiaban para iniciarse en su carrera profesional. Le permitían todos los estudios que quisiera, como aprender idiomas. Eran personas cultas, sabían de la importancia en instruirse. Susana era pianista y acabó sus estudios con matrícula de honor. A pesar de ello, nunca le interesó subir a un escenario ni que le pagaran por verla interpretar. No lo necesitaba, provenía de un linaje castellano con rentas generosas. Tocaba en reuniones de amigos y familiares. Fue en uno de esos actos que conoció a su marido Alberto, propietario de una empresa de construcción de carreteras. Era ingeniero de caminos. Leoncio no podía estar mejor encaminado.

A pesar de su plena dedicación a la lectura, el

aburrimiento que le provocaba se estaba convirtiendo en un obstáculo en su elección como lector. Ninguno de los libros más aplaudidos le hacía sentir el placer de gozar leyendo. Se arriesgó con los menos conocidos, por si sonaba la flauta. Tampoco sonó.

Dos años después de su recorrido como lector, se fijó en un libro que su madre tenía sobre la mesita de noche, *Se violenta el mundo*, de P. D. Garrote. Ella le dijo que era la primera novela que había publicado un amigo abogado y que la estaba leyendo por compromiso, pero si quería podía tomarla. Leoncio aceptó, sería su último intento antes de abandonar la carrera de lector.

Cuando lo terminó, dijo: «¡Bingo! ¡Yo también puedo escribir!». No había una explicación concreta a su convicción, solo el hecho de haberlo leído de principio a fin –sin abducciones–, era motivo suficiente para tomar una decisión como esa. No sabía si le había gustado, si había entendido el mensaje o la intención del autor, porque era un libro que él nunca escribiría. Tampoco le interesaba la

temática. Finalmente pensó que sería el estilo del autor. Le recordaba a su padre cuando convencía a su auditorio en la presentación de sus proyectos a los que le invitaba como oyente. Todos se fijaban en cómo lo decía, en sus gestos, su oratoria, sin prestar atención a las maquetas y los planos que mostraba.

Leoncio se propuso escribir lo que no encontraba para él. Así que empezó a pensar cuál sería la historia de su primer relato.

Al cabo de dos semanas, entretenido con el móvil revisando sus contactos con la intención de borrar aquellos con los que ya no tenía relación, se fijó en el de Begoña Montalbán.

La conoció en la universidad. Ella se le acercó para hacerle unos dibujos mientras él tomaba apuntes. Se molestó, le dijo que se fuera, que no le gustaba su escrutadora mirada. Begoña no se inmutó y siguió a lo suyo. Él se levantó bruscamente.

—¿No me has oído? ¡Lárgate!

Ella ni se alteró. Le miró y le mostró lo que estaba haciendo.

—¡Vaya! —dijo él levantando las cejas con exageración—. Dibujas muy bien. Disculpa mi brusquedad. Tu mirada me molestaba, me parecía demasiado inquisidora. El trazo tiene alma. ¿Cómo lo consigues?

—Vendo mi alma al diablo —le contestó sonriendo—. No, no te asustes, simplemente dibujo.

—Muy propio de los artistas. El resto de los mortales debemos saber qué queremos hacer con nuestra vida, no se nos permite vivirla tal cual, sin premisas. Vosotros vivís el presente. Me he precipitado al llamarte la atención: “Vive y deja vivir”, ese es mi aforismo preferido, siento no haberlo aplicado contigo.

—Espera, faltan unos detalles —dijo ella mientras lo retomaba para terminarlo. Una vez firmado se lo entregó—. Te lo regalo.

—¡Qué honor! Gracias... ¿Begoña M?

—Montalbán. Dejé de poner el apellido por pereza, es muy largo. Ahora estoy pensando en dejar solo las iniciales.

—Yo podría hacer lo mismo con mi nombre. Le sobra “ncio”, porque leo mucho.

—¿Te llamas Leoncio? —dijo ella, que sonreía por la ocurrencia.

—Muy perspicaz por tu parte. Adivinaste.

—Un placer —dijo Begoña palmeando su mano con la de él—. ¿En qué facultad estás?

—Económicas. Imagino que tú en Bellas Artes.

—Historia del Arte. Me interesa la vida de los artistas, sus historias y las de las civilizaciones. Los entendidos en el arte me aburren. Prefiero ser autodidacta cuando pinto. No quiero perder mi espontaneidad con las normativas que la condicionan, las técnicas rigurosas, los procedimientos que pasan de moda.

—Me sorprende que digas eso. Sin la técnica no habría cultura.

—¿Qué cultura? —quiso matizar ella—. ¿Una condicionada por los expertos que deciden lo que es? ¿Enmascarada de ilusionismo para no ver el engaño de los llamados “elegidos”? Tras la técnica

hay admiración, fuegos artificiales, no hay verdad. A cada época su arte, al arte su libertad.

—Una vez más me desconciertas. ¿Qué son todos esos tatuajes que llevas en el cuerpo sino técnicas del camuflaje?

—¿Quién es ahora perspicaz? —le preguntó ella señalando el interrogante que llevaba marcado en la frente.

—Sí, ya me he fijado en él cuando me mirabas. Era una de las cosas que me molestaba. No me gustan los mimetismos, las modas, como tú decías. Los artistas también tenéis eso que se llama contradicción.

—¿Los economistas creéis saberlo todo?

—Nos equivocamos, pero siempre a favor de los más ricos —bromeó Leoncio y ambos rieron.

Estuvieron un buen rato con intercambios críticos, subiendo la red que exigía mayor altura en sus invectivas. Eso les divertía. Se pasaron sus números de teléfono para verse otro día, pero nunca se llamaron. A pesar del *feeling* del encuentro, provenían de mundos diferentes.

Cuando Leoncio estaba a punto de borrar su nombre de la agenda, se detuvo. «¿Y si la elimino de verdad?», pensó. «Sí, esa será la historia de mi relato», se dijo con una sonrisa perversa.

LOS RELATOS

La casa unifamiliar donde Leoncio vivía con sus padres la había heredado su madre al fallecer su abuela. Estaba situada en una urbanización a las afueras de Madrid. Construida a principios de los sesenta, imitaba las casas de madera de estilo canadiense: una estructura de entramado ligero. Leoncio tenía su habitación en el primer piso, con suficiente espacio como para instalar su propia biblioteca y disponer de un pequeño estudio. Por las mañanas, se miraba en el espejo del baño, observando las novedades en su rostro: la espinilla que nacía junto a sus compañeras, la arruga que empezaba a surcar su frente, los claros que aparecían entre el despeinado pelo anaranjado rojizo en una cabeza cada vez menos poblada. Solo la espuma que brotaba de la boca al cepillarse los dientes le parecía bella. Nunca se gustó. A pesar de la belleza de su madre —que se parecía a una de las musas de Klimt— él heredó las imperfecciones que su padre escondía tras una cuidada barba rojiza

y grandes gafas de pasta color zanahoria, como la peluca pelirroja que descansaba sobre su calva. A sus veintisiete años, Leoncio parecía un cuarentón: preocupado por su físico, con necesidad de cambios en su vida e insatisfecho por su entorno familiar. Le pesaba depender de sus padres, conformarse con que le mantuvieran y no tener a nadie con quien compartir sus anhelos. Sus amigos eran “sus”, sin llegar a amigos; se quedó sin ellos al dejar la universidad. Empezaba a sentirse hipocondríaco. ¿El proyecto de su primer relato podría alejarlo de esas preocupaciones?

Capítulo 8, del relato *El tatuaje que faltaba*:

David la siguió al salir de la exposición. Begoña iba acompañada de cinco de sus amigos artistas. Al rato, tres de ellos se despidieron en la calle entre fuertes abrazos. Ella y sus otros dos colegas entraron en un restaurante japonés. David los esperó en un Frankfurt que había en frente. Aguardó

hora y media a que terminaran de cenar. Así que tuvo tiempo de probar casi todas las especialidades del local: bratwurst sin ahumar, morcilla de cebolla al estilo andaluz, pepito, hamburguesa y varias jarras de cerveza alemana. Cuando los vio salir, pidió rápidamente la cuenta dejando el helado por empezar. Continuó su persecución en el autobús que los llevaba a las afueras de la ciudad.

18 | *El primero en bajar fue un chico que tenía los brazos muy oscuros debido al exceso de tinta. El otro compañero, que llevaba colgada una funda de guitarra, no tardó en despedirse de Begoña que siguió su trayecto un par de paradas más. David le clavaba la mirada desde el asiento de atrás. Ambos se bajaron. Ella ni se percató de su presencia, absorta en el móvil. La parada estaba cerca de unas naves industriales donde tenía su vivienda-taller. Para llegar debía andar unos cinco minutos en un entorno desolado e iluminado con farolas poco eficientes. En algún tramo Begoña debía alumbrarse con el móvil, ya que el camino de tierra era irregular. David le*

seguía a cierta distancia para no llamar la atención. Durante el recorrido, iba recordando las obras que Begoña había presentado en la galería de arte: instalaciones que él no entendía y que le producían rechazo. Conocía su trayectoria como artista y el reconocimiento oficial que había recibido, mientras que a él se le ignoraba. La consideraba un obstáculo en su propia carrera artística, por eso había decidido hacerla desaparecer.

David avanzaba el paso, cada vez estaba más cerca de ella. A lo lejos, unos perros callejeros hurgaban en los contenedores. Cuando llegó a la entrada del local, Begoña notó algo y se giró, pero no le dio tiempo de detener a David que se lanzó con un cuchillo sobre ella. La puñalada fue certera, en la yugular. El último aliento de Begoña fue silencioso, como el silencio que reinaba en aquel paraje desnudo, igual de desnudo que el cuello que ella había preservado de cualquier tatuaje para vestirlo solo con sus artísticos collares, sin saber que estaba destinado al corte que David le había provocado.

Terminó su relato y lo releyó unas cuantas veces para corregirlo. Satisfecho, lo guardó en una carpeta de su ordenador: *Mis propias lecturas*.

Durante los seis meses en que lo estuvo escribiendo sintió tentaciones de llamar a Begoña, pero se abstuvo, quiso separar realidad de ficción, aunque decidió mantener sus datos en la agenda.

Susana y Alberto no sabían que su hijo se estaba convirtiendo en un escritor de relatos, creían que todo el tiempo que pasaba encerrado en su cuarto lo dedicaba a leer para aumentar su instrucción. Solo aparecía en las comidas y cuando su madre organizaba un concierto en casa y convocaba a varios amigos. Entre los invitados siempre había alguna chica de la edad de Leoncio, escogida por ella con la esperanza de que fuera su futura nuera. Pero él abandonaba la sala una vez terminado el concierto, con la excusa de proseguir sus estudios. Ese comportamiento huidizo siempre estuvo con él, pero ahora preocupaba más a sus padres pues ya casi no lo veían en los desayunos ni en las comidas. En una de las pocas

ocasiones que cenaron juntos, mientras Alberto les explicaba el último trabajo que le había encargado el ayuntamiento, vieron por televisión la noticia de un asesinato cometido en su ciudad:

Esta mañana se ha encontrado el cuerpo degollado de Begoña Montalbán, la artista que los últimos meses ha sido noticia por sus trabajos expuestos en diferentes galerías nacionales e internacionales. Su brillante carrera ha sido truncada por la trágica muerte. Se desconoce el autor o autores del crimen. Se están revisando las cámaras de seguridad del recinto industrial donde vivía y tenía su taller.

—Pobre chica —dijo Susana—. No se puede estar segura en ningún sitio, pero vivir en una zona industrial aún es más peligroso.

Alberto seguía detallando las condiciones de su proyecto, ajeno a la noticia. No así Leoncio, que se quedó impactado viendo las imágenes de la chica, a la que reconoció como su amiga de la universidad.

Estaba sorprendido por los detalles que la periodista narraba. Todos encajaban con los de su relato.

—Veo que no os interesa lo que os estoy contando —dijo Alberto enfadado—. Siempre os digo que no pongáis el televisor mientras cenamos, cualquier día de estos lo tiro al contenedor.

—Tu padre tiene razón. Leoncio, apágala, por favor.

—Espera, espera. A esa chica la conozco... bueno, la conocí en la uni. No sabía nada de ella desde entonces.

Cuando Leoncio terminó de cenar se disculpó y subió a su estudio. Quería indagar por internet más detalles sobre Begoña. Todo lo que leyó estaba en su relato: su biografía, los premios, las imágenes del taller descrito con detalle en los primeros capítulos. Sintió pavor.

Estuvo varias semanas atento a las noticias, donde se veían imágenes de los pasajeros captadas desde el interior del autobús. La policía los estaba identificando. En su narración, Leoncio describía

a David como un joven corpulento, barbudo, con gafas de montura pequeña, andrajosa gorra escocesa y vestido con ropas oscuras. Él era todo lo contrario: delgado, imberbe, y destacaba por sus colores llamativos en el buen vestir, solo en el uso de gafas coincidía, debido a sus interminables horas de lectura. ¿Lo hizo a propósito, o inconscientemente? En todo caso la falta de similitudes entre ellos lo tranquilizó. Si buscaban a alguien con el aspecto de David no sería a él. Pero qué absurdo. Él no era el asesino, no tenía de qué preocuparse.

Ocho meses después, dos de los sospechosos –el amigo tatuado y el músico– quedaron descartados de la investigación. El caso se alargaba al no localizar al tercero, el que llevaba gorra.

Durante aquellos meses, Leoncio estuvo más sociable con sus padres, incluso salía de viaje para tener experiencias inspiradoras –pagadas por ellos, claro. Estando en Francia, entró en un museo y reconoció una obra de Begoña. Eso le conmovió. Incluso llegó a gustarle la instalación con el montón

de ropa militar junto a un televisor en el que se proyectaban desfiles de moda, aunque no entendió el mensaje.

Cuando regresó de su ruta turística recobró la necesidad de escribir. Los viajes por Europa le aportaron muchas ideas, pero ninguna le parecía adecuada. Quizás conocer China sería más excitante. Así que decidió hacer un curso *online* para aprender el idioma. Cuando ya llevaba unas cuantas clases empezó a ver claro el guion de la historia. En ese ámbito docente se desarrollaría su relato.

Capítulo 7, del relato *Punto final*:

A las ocho en punto de la tarde Robert estaba delante de su portátil, mirando la cámara, creyendo ver roturas en ella, algún golpe, el objetivo roto, recordando los hematomas de Noelia que su marido le había provocado. Sacudió la cabeza, pensó que estaba alucinando y pulsó el icono verde del teléfono para iniciar su tutoría.

—*Buenas noches, Robert* —saludó Noelia al otro lado de la pantalla.

—*¿Cómo te ha ido la semana?* —preguntó él.

—*Con las mismas rutinas: el curso con mis alumnos, el cuidado de mi hija Bárbara, las obligaciones domésticas... y mi navegante en combate constante con el temporal. Ahora en el bar.*

—*¿Le has propuesto una cura de desintoxicación?*

—*No quiere hablar de ello. Yo tampoco, Robert, mejor seguimos con nuestra tutoría, ¿no te parece?*

Él mostró un gesto de desacuerdo, pero aceptó a regañadientes.

—*Hoy será especial* —le advirtió ella—. *He pensado que podríamos analizar la exclamación: voz, grito o frase en que se refleja una emoción, sea de alegría, pena, indignación, cólera, asombro o cualquier otro afecto.*

En ese momento, al otro lado de su pantalla, Robert oyó el ruido de unas llaves en la cerradura de una puerta, luego, el golpe al cerrarse. Ella giró la cabeza hacia las cortinas, que se movieron por el

efecto del aire. Unos pasos cada vez más próximos hicieron que Noelia volviera a mirar su teclado y la pantalla, quizás para apagarla. Robert vio cómo alguien abría las cortinas. Era su marido, Diego, que se tambaleaba. Se apoyó en las estanterías para evitar caerse mientras Noelia se levantaba para sujetarlo.

—Vienes borracho —le increpó ella—, no quiero que estés así delante de Bárbara.

26 | *Ella intentaba sacarlo de la habitación. Forcejearon.*

—¡Déjame, Noelia! —le pidió Diego gritando—. ¡Quiero estar con mi hija!

Robert se asustó, lanzó un grito que llegó a los altavoces que tenía Noelia activados:

—¡Suéltala! ¡No le hagas daño! ¡Cálmate, por favor!

Diego se detuvo, rastreando con su mirada de dónde procedía aquella voz. Se fijó en la pantalla del portátil que estaba oscura. Desconcertado, preguntó:

—¿Quién eres? ¿Dónde estás? —decía mientras

andaba oscilando por la habitación.

—Es un alumno —le respondió ella—, estamos en una sesión online. He apagado la pantalla. Por favor, retírate.

—Quiero verlo —decía Diego con voz pastosa por la bebida, mientras se acercaba al portátil para encender la pantalla.

Robert lo vio muy cerca. Parecía entrar en su casa. Le espantó aquella cara hinchada, enrojecida y con ojos irritados por la mezcla de ira y alcohol que le amenazaba con la mirada.

—Así que tú eres su alumno. ¿Quiere hacer de ti un escritor? Vete con cuidado, ya ves en qué me he convertido yo. La botella de coñac ha sustituido al tintero. Quería hacer una novela con Noelia y nos salió una hija. Estate alerta, a saber cuántos hijos tiene publicados con sus alumnos.

—¡Calla! ¡Te lo suplico! —le imploró ella.

Los gritos despertaron a Bárbara, que lloraba.

—¡Lo ves! —la acusó Diego—, has conseguido despertarla.

Robert observaba la escena con espanto. Cogió el móvil y llamó a un amigo.

—Fabián, ¿estás en Madrid? Toma nota de la dirección de Noelia y ve hacia allí. Estoy en videoconferencia con ella y no me gusta lo que veo, su marido la está pegando.

Robert dejó el móvil y volvió a exigir a Diego que soltara a Noelia.

—He llamado a la policía. ¡Déjala ir!

—¡Así que estáis conspirando para quitarme de en medio, eh!

La situación se iba agudizando. Noelia le empujaba fuera de la habitación mientras caían las fotos de sus estanterías y los sollozos de Bárbara se escuchaban ansiosos.

Robert se mordía las uñas viendo la escena. Se levantaba de la silla, andaba de un lado a otro del salón, volvía delante de la pantalla, se sentía impotente observando cómo Diego pegaba a Noelia. Fueron varios minutos de agonía deseando que Fabián irrumpiera en la casa para evitar lo peor. Tras

varios golpes más, la vio caer y a Diego abalanzarse sobre ella. Desaparecieron los dos de la imagen pero seguía oyendo los gritos de ambos y los lloros de la niña. Robert cogió el portátil como si intentara apartar el cuerpo de Diego, al que vio levantar un brazo buscando entre los estantes de la habitación algún objeto. Una amatista quedó atrapada en su mano y golpeó repetidas veces a Noelia que gritaba auxilio: ¡¡No, Dios mío!! ¡¡Ay!! ¡¡No!!

—¡¡Noelia!! —la llamaba Robert angustiado sin poderlos ver.

Al rato, solo escuchaba los llantos de Bárbara. Diego volvió a aparecer ante él. Se miraron. La sangre que había salpicado su cara aumentaba lo escalofriante de su rostro.

—¡¿Dónde está Noelia?! ¡¿Qué le has hecho?! ¡Cabrón! —lloraba Robert.

Diego se giró, tapándose los oídos con las manos ensangrentadas para no oír los gritos de la niña. Se le acercó sacudiendo con rabia la cuna. Eso aumentó los lloros y gritos de una niña asustada

que respiraba de manera profunda y entrecortada. Diego, irritado y exasperado, cogía los libros que encontraba para arrojárselos enfurecido.

—¡Calla! ¡Calla!

En ese momento Robert oyó otras voces y fuertes golpes. Vio entrar a Fabián y sus amigos que se lanzaron sobre Diego. Uno de ellos se inclinó hacia Noelia. Fabián abrazó a Bárbara intentando calmarla mientras los otros forcejeaban con Diego.

—¡Fabián! —gritó Robert—. ¡Gracias a Dios! ¡¿Cómo está Noelia?!

Fabián no contestaba, se mantenía de pie, con la niña en brazos, cabizbajo. A su alrededor un grupo de jóvenes sujetaba a Diego, todos con la mirada fija en el cuerpo de Noelia que yacía en el suelo, inerte junto a la amatista. La sangre cubría el violeta del mineral.

La imagen en la pantalla de Robert se congeló.

Leoncio repasaba el último capítulo de *Punto Final*, en el que había estado trabajando seis

meses. Le pareció divertido utilizar las mismas características físicas del personaje de David en *El tatuaje que faltaba* para describir a Robert. Dejó reposar el relato unos días para volver a él, darle el visto bueno y archivarlo en su carpeta de lecturas.

Ya tenía dos relatos. Se sentía orgulloso y no necesitaba ningún lector beta para conocer otra opinión que le habría advertido de sus aceleradas ideas y falta de claridad al escribirlos. Él era el único lector de sus narraciones. Las guardaba en su móvil para tener acceso a ellas en cualquier lugar y disfrutarlas. Un día, mientras las estaba leyendo, le apareció un titular en la pantalla con la noticia de una nueva víctima de violencia de género. Abrió la aplicación para conocer más detalles del suceso.

Otro crimen machista ocurrido la pasada noche aumenta los casos de estos últimos meses. Una mujer ha sido golpeada por su pareja sentimental con un pesado mineral mientras impartía una tutoría literaria por videoconferencia. Unos

jóvenes, avisados por el alumno que estaba viendo la agresión en su pantalla, consiguieron entrar en el piso y evitaron que el asesino golpeará también a su propia hija, pero sin conseguir reanimar a la madre. Se está tomando declaración a los testigos de los hechos.

Leoncio dejó caer el móvil al suelo. Se quedó estupefacto, con la mirada perdida y los brazos abatidos. No podía ser, otra vez no. Su relato aparecía de nuevo en la sección de sucesos. Los mismos actores: Robert, Noelia, Diego, Bárbara, Fabián; el mismo escenario, el mismo desenlace. La noticia describía los hechos como en su narración. Estaba asustado. ¿Tenía poderes premonitorios? ¿Avanzaba el futuro en sus relatos?

Pasaron unos días sin noticias sobre el asesinato. Quería conocer más detalles, pero el silencio periodístico se mantuvo.

Una mañana coincidió con sus padres en el desayuno.

—Hijo, te veo muy apagado estos días —le dijo Susana—. Deberías salir más, nos preocupa que estés todo el día encerrado en tu estudio. Además, ya sabes que no queremos presionarte, pero creemos que te iría bien tener un trabajo.

—Sí, Leoncio, tu madre tiene razón —dijo Alberto muy serio—. Estás muy pálido. Desde tu último viaje no has salido más. ¿Qué te ocurre? ¿En qué estás metido tanto tiempo en tu habitación?

—No os preocupéis, no me pasa nada. Estoy aprendiendo más idiomas. El chino va siendo cada vez más necesario en el mundo de los negocios. He encontrado un tutor por internet. Hacemos videoconferencias. Estad tranquilos.

—Ya, pero mira cómo hablas, parece un telégrafo. —le dijo su padre tocando con el índice repetidas veces sobre la mesa—. ¿Así hablan los chinos?

—No discutáis, por favor —dijo ella—. Mirad, he pensado dar un concierto el sábado por la tarde. Me haría feliz que estuvieras, Leoncio. Oirás entera la pieza musical que he estado practicando estos días.

Me dijiste que te gustaba.

—De acuerdo, mamá, me encanta verte tocar el piano, eres toda belleza.

—Eh, eh, que soy un marido muy celoso —sonreía Alberto—. Por cierto, el domingo te quiero ver en misa. Tienes que comportarte según los principios de la sociedad en la que te vas a integrar. ¿Por qué crees que tengo tanto trabajo? Ya sabes que los del Opus son nuestros mejores clientes —Leoncio bajó la cabeza con resignación.

El día del concierto se puso a indagar en la red alguna noticia del asesinato. Encontró un titular que decía: *La amatista asesina*. También era el mineral con el que había sido golpeada la Noelia de su relato. «Por qué le llaman asesino a un mineral tan hermoso, cuando el asesino es Diego» desdecía Leoncio. En ese momento, la voz de su madre le avisó de que llegaban los invitados.

Susana había convocado a gente importante de la judicatura. Uno de los jueces llevaba el caso de la tutora asesinada. Cuando Leoncio se enteró, se

dirigió a él para intentar sonsacar algo más del caso.

—Señor Yáñez —le dijo con timidez—, me impresionó mucho el asesinato de aquella mujer golpeada por el alcohólico de su marido. ¿Se sabe cuándo será el juicio?

—Estamos contrastando información. Hay nuevos datos que queremos comprobar. Nos ha sorprendido que apareciera el mismo personaje en los videos de los ordenadores de este caso y en las imágenes recogidas del asesinato de la artista Begoña Montalbán. El autor del crimen llevaba una gorra harapienta, la misma que se encontró en el apartamento del alumno de Noelia. No te puedo dar más información, la encontrarás la próxima semana en los noticieros. Por cierto, se dijo que iba bebido, pero de eso a que fuera alcohólico... Es un dato que está bajo secreto de sumario.

Leoncio se sorprendió, dudaba qué responder. Evitaba la mirada de Yáñez y, con temblor en los labios, le dijo:

—Para cometer un crimen así hay que ser un

adicto a la bebida —no tardó ni un segundo en darse cuenta de la tontería que acaba de decir —En ese momento los interrumpió su padre:

—Vamos a servir unos canapés. Por favor, acompañadme.

Leoncio respiró tranquilo, era el momento de evadirse de la conversación.

Dos semanas más tarde, se enteraba por los noticiarios de la detención de Robert Jonch, el alumno de Noelia. Se le relacionaba con el asesinato de Begoña Montalbán, al ser la última persona que vieron junto a ella en las imágenes del interior del autobús.

«Eso sí que no me lo esperaba —se dijo—, por mi culpa le van a acusar de la muerte de Begoña... Pero, ¡qué absurdo, si son personajes de ficción! Cómo van... No puede ser real. Tengo que volver a escribir. Quiero comprobar que eso que pasa no es posible» —se quiso convencer de algo que no necesitaba ser demostrado, los hechos eran incuestionables. ¿No se daba cuenta de la perversidad que había en esa osadía?

Cuando se puso a escribir se bloqueó. No surgían ideas para su próximo relato. Bajó al salón y se echó en el sofá. Su imaginación estaba cercada entre aquellas cuatro paredes y el techo al que miraba. Desanimado, bajó la vista y, al girar la cabeza, sus ojos se abrieron como hacen los búhos, indagando con sabiduría lo que ven. Observaba fijamente un retrato de su madre en la pared. Estaba pintado al óleo y firmado por un reconocido artista del lugar. ¡Ya tenía la historia!

Capítulo 6, del relato *El pintor terminó su retrato*:

Sus amigos, con inquietante curiosidad, querían ver la obra maestra que el artista estaba realizando. Encerrado durante tanto tiempo entre vapores de trementina, los olores depositados en aquel retrato amado se convertían para él en un perfume seductor. Llamaron muchas veces a su puerta, pero su silencio expresaba cuan absorto se encontraba en la tarea.

Pasaron los días y, temerosos de algún infortunio, decidieron romper la cerradura. El impacto de lo

que vieron les sumió en un profundo silencio. Había restos de pintura por todas partes, incluso en el techo. Parecía que la Capilla Sixtina de Miguel Ángel hubiera viajado en el tiempo. Cerca del espejo que colgaba en la pared las manchas de óleo reproducían accidentalmente todos los matices de Las Meninas de Velázquez, mientras que en el suelo, cubierto con los colores que había usado para pintar el retrato de su amada, yacía el cuerpo del pintor, desnudo e inerte.

El lienzo aparecía absolutamente blanco.

Tardó tres semanas en escribir su historia. Era tal su impaciencia, que las ideas fluían sin parar. Se inspiró en el pintor que había retratado a su madre. Era una manera muy atrevida de poner a prueba al destino. ¿Su aislamiento social le alejaba de la empatía necesaria para entender la crueldad de su decisión?

Pasó un mes y ninguna noticia acreditaba los hechos que había descrito en *El pintor terminó su retrato*, así que se relajó. Quiso tomarse un descanso y celebrarlo preparándose un cóctel. Bajó al salón

que tanto le había inspirado y se dirigió al mueble bar que había sido de su abuelo materno, fallecido de cirrosis. Al recordarlo, se detuvo antes de abrir la puerta de la licorera. «Una copa no me puede hacer daño», se dijo. La madera de caoba abatible, al abrirse, liberó los aromas de aquellas botellas desvirgadas de su marbete que aromatizaban el mueble bar.

En ese momento llegaron sus padres acompañados del señor Yáñez. Entraron en el salón con caras de circunstancias. El juez miró a Leoncio con gravedad. Este se asustó. Se quedó paralizado mientras el licor salía de la botella inclinada que sujetaba y la bebida brotaba de la copa.

—¡Leoncio, estás derramando el líquido sobre tus zapatillas! —le gritó Susana.

—Oh... sí, sí... No os esperaba —respondió apartándose del charco—. Vuestras caras me han alarmado.

—¿Cómo estás, Leoncio? —le pregunto Yáñez—. Vigila con el alcohol... Ya sabes: la adicción de los alcohólicos es peligrosa.

El sarcasmo del juez no le hizo ninguna gracia. «Sospecha algo, seguro», pensó.

—¿Os apetece tomar algo?—preguntó tembloroso.

—Yo quiero un coñac, lo necesito —se apresuró a decir Alberto— ¿Te sirvo uno, Yáñez?

—Te acompaño, gracias, nos irá bien para reponernos de la tragedia —dijo el juez, que se sentó en el sofá.

—¿A mí no me preguntáis? —reclamó Susana—. ¿Alguien me sirve un *gin-tonic*?

—Te lo preparo, mamá. Y dime, ¿qué ha pasado?

Susana se sentó al lado de Yáñez y miró el retrato con tristeza. Le respondió:

—Este cuadro me va a traer malos recuerdos. Pobre, se había vuelto loco.

—¿Habláis del pintor? —les interrogó Leoncio.

—¿Por qué has pensado en él? —reaccionó Yáñez que levantó las cejas.

—Bueno... no sé... al mirar mamá el cuadro...

—Sí, claro, buena apreciación, Leoncio.

Las palabras del juez no le parecieron sinceras.

—Sí, hijo. Lo hemos encontrado muerto en su estudio. La escena que vimos era horrible.

—Y tú, mamá, ¿has podido ver a un hombre des... desvariado... desquiciado?

Yáñez, que iba a tomar el primer sorbo de coñac, giró la cabeza hacia Leoncio con sorpresa, y le dijo:

—Pensé que ibas a decir desnudo. Así lo hemos encontrado.

—Y yo, ¿cómo iba a saberlo, por Dios? —se defendió Leoncio, sin razón alguna.

Alberto continuó con los detalles del suceso:

—Hacía semanas que nadie sabía de él. No respondía a las llamadas. Tu madre nos alentó para que llamáramos a la policía. Yáñez se prestó a firmar una orden judicial para entrar en su estudio. Estaba todo lleno de pintura: en el suelo, las paredes, el techo. Sin embargo, en el lienzo no había ni una pincelada. Cuando se le haga la autopsia sabremos si estaba muy enfermo y no quería que lo supiéramos.

—Un suicidio —propuso Leoncio, que se quitó las zapatillas mojadas para llevarlas al cuarto de la lavadora—. Ahora vuelvo y me contáis más.

—¡Leoncio! —le gritó Yáñez—. Tu madre me dijo que conocías a Begoña Montalbán, o eso le comentaste. Luego me dices.

—Sí, claro...

Dejó las zapatillas dentro de la lavadora y puso el programa de sintéticos. Se quedó un rato de pie mientras empezaba el llenado de agua en la máquina pensando qué le diría a Yáñez.

—Me está presionando, sabe algo. ¿Pero qué?

42 | Cuando volvió al salón, el juez le informó de que habían rastreado el móvil de Begoña.

—La chica tenía tu número de teléfono. Pero no se han registrado llamadas entre vosotros. ¿No os volvisteis a ver, como me comentó tu madre?

—No, nunca —se apresuró—. Me enteré de su fama como artista por la noticia de su muerte. Ya ni me acordaba de ella. Solo recuerdo su tatuaje en la frente: un interrogante.

En ese momento, el juez recibió una llamada.

—¿Sí? ¿Diga? Yo mismo. Sí, claro, ahora voy.

Al apagar el teléfono Yáñez se disculpó por la interrupción. Era una llamada de la policía.

—Leoncio, seguiremos con el interrogatorio... no hombre, no, es una broma. Pero pásate cuando puedas por mi despacho, seguro que me podrás aclarar algunas cosas del caso.

Leoncio no sabía qué decir, ni se despidió de él.

Pasaron un par de días y no se decidía para ver al juez. No tenía ningún deseo de sentirse acosado, acribillado a preguntas. «Quizás me golpearán atado a una silla, o me hundirán la cabeza en un cubo de agua al límite del ahogo», pensaba.

Esos pensamientos le atormentaban. El juez le llamó varias veces, pero él siempre le ponía excusas: «Mañana, mañana podré ir».

—Tengo que hacer algo—murmuraba Leoncio—. ¿Cómo me lo puedo quitar de encima? Tres ficciones y tres realidades. ¿Habrá una cuarta? —se dijo con malicia.

Capítulo 5, del relato *El atentado*:

Por los altavoces del centro penitenciario

se avisó a los presos de las visitas familiares. Un funcionario los iba nombrando. Cuando le llegó el turno a Giuseppe Bambilla, fue conducido a las cabinas de encuentro. Se sentó delante de Salvatore y empezaron a hablar en código oculto para no ser descubiertos.

—¿Cuándo es el cumpleaños de Carlos ^(el juez Yáñez)? —preguntó serio Giuseppe.

—El 25, pasado mañana —sonrió Salvatore.

—Bien. ¿Ya tenéis el pastel ^(el explosivo) preparado?

—Sí, será grande.

—¿Y cuántas velas ^(los cartuchos) le pondréis? —dijo Bambilla apretando el puño derecho.

—Cincuenta, con su cartelito de felicitación.

Bambilla agarró con la otra mano el puño apretado moviéndolo satisfecho y le dijo:

—Le va a explotar en toda la cara cuando las apague. Se lo tiene merecido, por su culpa hace un año que estoy aquí encerrado. Tendrá un buen regalo de aniversario.

—Sí, padrino —le confirmó Salvatore resbalando

el pulgar sobre la nuez del cuello.

—¿Tenéis la lista de los ingredientes ^(estupefacientes) que necesitamos para el menú ^(el alijo)? —le dijo con un guiño Bambilla.

—Lo tenemos todo a punto para la celebración, padrino. Los invitados ^(los narcotraficantes) van a disfrutar con la comida ^(la droga).

—Cuéntame —le pidió Giuseppe acercándose más al cristal.

—Hemos pedido pastillas ^(fentanilo) para el caldo. Harina blanca ^(cocaína) para rebozar los calamares y marisco ^(metanfetaminas) en grandes cantidades. Lo traerá el repartidor ^(la narcolancha) al restaurante del puerto, allí esperan los cocineros y los camareros ^(mulas y camellos).

—Los Bambilla no podemos fallar, Salvatore. Confío en ti.

Dos días más tarde, el auto del juez Yáñez entraba por la calle Génova. Repasaba los informes policiales que confirmaban la implicación de Bambilla en los últimos cargamentos confiscados por el departamento antidroga.

Salvatore lo había calculado todo: el tiempo en que estaría el semáforo en rojo, la motorista gazapo con falda corta y escote abierto que se situaría al lado del coche oficial del juez, el malabarista que irrumpiría en el paso de peatones para distraer al chofer y a la escolta judicial, el transeúnte que simulaba una caída para dejar la bomba en los bajos del coche, su destreza para levantarse ágil sonriendo a todos y dejar una moneda al malabarista, el saludo de este acercándose a los otros coches con el sombrero en bandeja y finalmente el cambio de luz a verde que dejaba el paso libre al féretro judicial.

No habían recorrido cincuenta metros cuando una gran explosión lanzó por los aires el automóvil del juez. El fuego que consumía los cuerpos en el interior del coche destrozado, entre hierros retorcidos y los gritos de la gente, era el dantesco escenario de aquel magnicidio.

Cuando Leoncio terminó de escribirlo, siguió el mismo ritual de siempre: la revisión pasados unos días y archivar su relato en la carpeta del ordenador; luego, a esperar. Dos

semanas más tarde, mientras indagaba por internet más información de “sus asesinatos”, su madre le llamó:

—¡Hijo, la cena! ¡Hoy tenemos invitados! —le avisó desde el salón.

Leoncio dejó el ordenador enojado por la interrupción. Mientras bajaba al comedor llamaron a la puerta y fue a abrir, eran los invitados.

—Hola Leoncio, cada día más guapo —le dijo un hombre panzudo que le apretó la mano sudorienta mientras le miraba con lascivia—. ¿No te acuerdas de mí? Soy Andrés, el socio de tu padre. Hoy tenemos que hablar de negocios contigo —le guiñó el ojo—. De Luisa sí te acordarás, una mujer tan bella no se puede olvidar —reía sarcástico.

Leoncio la miró con desinterés. Le recordaba a Doris Freedman, de *Los Simpson*: gruesa, vulgar, con el pelo recogido en un tosco moño, incluso olía a tabaco. Se le abalanzó para besarlo. Leoncio parecía un tentetieso zarandeado por los gruesos brazos de Luisa. En ese momento llegó su padre que los saludó y acompañó al comedor. Susana salió a recibirlos. Mientras abrazaba a Luisa le decía:

—¡Querida, cuánto tiempo! ¡Estás igual!

«Claro, los dibujos no cambian», se dijo con sorna Leoncio.

Durante la cena se preguntaba qué tipo de negocios se traerían entre manos. Cuando ya estaban en los postres no pudo esperar más:

—Bueno, ¿qué teníais que decirme? Andrés me ha dicho algo de... ¿negocios?

—Ah, sí, hijo. Tu madre y yo hemos pensado que sería bueno para ti empezar a trabajar. No te vemos animado, estás muy poco comunicativo, siempre encerrado en tu habitación, solo te relacionas a través de la pantalla del ordenador con tu profesor de chino.

—Tu padre tiene razón. Y también te vemos obsesionado con las noticias. Debe ser eso: guerras, desastres, asesinatos, todo esto te desmoraliza.

Andrés la interrumpió:

—Leoncio, ¿te gustaría trabajar en nuestra empresa? Estarías con buenos profesionales que te irían enseñando el funcionamiento del negocio. Con tus idiomas serías un buen comercial.

Aquella propuesta le dejó helado, como el sorbete de limón que tenía ante él. En ese momento no quiso entrar en el tema. Les dijo que se lo pensaría, que le faltaba poco para terminar el curso de chino y no quería interrumpirlo. Al finalizar la cena Susana les tocó un recital con obras de Chopin. Le aplaudieron y le pidieron un bis. Ella, para hacerle una broma a su hijo, tocó la melodía que cantaban los siete enanitos en la película *Blancanieves* después de trabajar en la mina, camino a casa:

Ay Ho, Ay Ho
Silbando al trabajar
Cualquier quehacer
Es un placer
Se hace sin pensar
Ay Ho, Ay Ho
a casa a descansar
Ay Ho, Ay Ho
Es hora de cerrar
Ay Ho, Ay Ho

Al día siguiente, cuando despertó, la cancioncita aún tintineaba en la mente de Leoncio. Bajó a la cocina y se preparó un buen café para reanimarse después de una noche de insomnio. Ni pensó en ver las noticias en su móvil. Fue su madre quien entró corriendo para decirle que le había llegado un mensaje anunciando la muerte del juez Yáñez.

—Hijo, ¿te has enterado? ¡Mira! —le mostraba la noticia.

«A las 8 de la mañana, un coche bomba ha explotado en el centro de la ciudad. Los cuerpos de los ocupantes han quedado esparcidos entre el amasijo de hierros calcinados. Se cree que uno de ellos es el juez Yáñez. Otras personas heridas de gravedad han sido trasladadas en ambulancia a diversos centros sanitarios. La explosión, según algunos testimonios, ha sido espantosa y ha provocado grandes destrozos».

Leoncio leía la noticia como el mejor café que podía tomar. Le despertó de golpe y elevó su estado de ánimo. Era la dosis que necesitaba.

A las pocas horas se confirmaba la identidad de los fallecidos. Leoncio respiraba tranquilo, harto de sentirse indagado por las sospechas del juez. Hasta tal punto le obsesionaba su participación real en los sucesos que habían ocurrido, que se reconocía autor material de todos ellos. Cada relato que escribía era una escalada en la maldad que se había apoderado de su conciencia.

Seguía con sus clases de chino. Otra vez encerrado en su mundo. Una noche, mientras estaban cenando los tres con la televisión encendida, Alberto le pidió a Susana que la apagara. Quería hablar seriamente con Leoncio.

—Hijo, mañana quiero que vayas a ver a Andrés a su oficina. Le he dicho que te prepare un despacho y que empieces a trabajar en la empresa.

Leoncio le miró rabioso y le respondió:

—¡No pienso ir! ¡Ya os dije que estoy terminando las clases de chino! ¡Dejadme tranquilo!

Sus padres se miraron sorprendidos por el cambio de carácter que había surgido en Leoncio, por su agresividad y falta de respeto. Su padre se enfadó y le dijo:

—¡Cómo te atreves! ¡Te hemos dado todo lo que necesitabas para tu formación, la libertad para hacer lo que quisieras! ¡¿Y ahora nos hablas así?! ¡Te ordeno que mañana vayas a la fábrica!

—Tranquilízate, Alberto —dijo Susana acariciándole el brazo—. Démosle un poco más de tiempo, a que acabe el curso.

—De acuerdo —dijo Alberto con mal humor—, pero es la última vez que se lo digo. No va a heredar mi dinero un holgazán descuidado que lo malgaste todo en unas semanas. ¡Aunque sea nuestro hijo!

Leoncio notó esa última frase como un hierro ardiente en su corazón. «¿Qué haré sin dinero?», pensó.

Al cabo de unos días terminó el curso *online*. Se lo calló. No tenía ninguna intención de ir a trabajar. Sus padres le preguntaban cada día cómo le iban las clases de chino, cuánto le faltaba. Eso le inquietaba, le ponía nervioso, le angustiaba la idea de cantar: *Ay Ho, Ay Ho. Silbando al trabajar*. Tomó la amenaza de su padre muy en serio.

Habían pasado dos años y tres meses desde que escribió su primer relato y cada mañana se miraba al espejo para seguir viendo los cambios que su rostro estaba realizando. No veía su alma, que también se había transformado. Se sentía poderoso y al mismo tiempo subyugado por sus progenitores que le querían convertir en un simple ejecutivo. Su poder era escribir lo que deseaba que ocurriera y ese sería su próximo objetivo.

Estuvo rebuscando información sobre su padre, sus estudios, su carrera profesional. Quería escribir la historia de un ingeniero de caminos casado con una pianista. Pidió fotos familiares a su madre, que le explicara cómo se conocieron. A él le interrogó sobre cuestiones técnicas de su profesión. Alberto lo interpretó como un interés para, finalmente, ponerse a trabajar en la empresa.

Cuando tuvo la información necesaria se puso a escribir.

Capítulo 4, del relato *El ingeniero de caminos que murió en uno de ellos*:

Alberto De las Heras quería hacerle un regalo muy especial a su mujer para celebrar los treinta años de matrimonio. Al estar suscrito al canal del instituto SETI –la organización que investiga la posible existencia de inteligencia extraterrestre–, recibió un correo electrónico donde se anunciaba un viaje de diez noches a lo largo de las costas atlánticas de África occidental: Dakar, isla de Gorée, islas Canarias y archipiélago de Madeira, a bordo del crucero Swan Hellenic Diana. El viaje incluía visitas al observatorio astronómico del Parque Nacional del Teide, en Tenerife. Se lo propuso a su esposa y ella no dudó ni un instante, le pareció una gran idea. El paso del tiempo demostraría que no lo era.

Iniciaron el viaje tal y como tenían previsto. Fueron felices en aquel barco para un grupo reducido de personas, acondicionado con todo lujo y disfrutando de una suite con balcón bellamente decorado.

Al llegar a Oporto, a primera hora de la mañana, les dieron el día libre. Así que alquilaron un coche

con la idea de visitar Lisboa en un ir y volver.

Al llegar a la capital portuguesa fueron directamente a un restaurante que les habían recomendado, O Pitéu, para probar la especialidad de su cocina: el bacalao a brás. Para abrir el apetito pidieron un petisco, aperitivo en portugués. Susana tomó su gin-tonic y Alberto un vermut. Durante la comida, la botella de vino blanco Duas Quintas se iba vaciando por el continuo servicio del camarero que les llenaba las copas.

Comieron como reyes. Les invitaron a un chupito de Oporto, a pesar de que Susana insistía que ya habían bebido mucho y Alberto tenía que conducir.

—Descuida, Susana —le quiso tranquilizar—, ahora me tomo otro café y descansamos un poco.

—No podemos relajarnos, aún tenemos que visitar Lisboa y de vuelta me gustaría pasar por Coimbra —dijo ella, que quería comprar uno de los dulces más apreciados del Monasterio de las Clarisas: el Pastel de Santa Clara.

—Está bien, ¿puedo tomarme el café? —le respondió resignado.

Pasearon un poco por la ciudad para digerir la comida, pero pronto las calles empedradas y las pronunciadas pendientes les hicieron acortar la visita.

Ya en el coche, tomaron la carretera de vuelta a Oporto siguiendo una ruta por el Parque Natural de las Sierras de Aire y Candeeiros. Cuando pasaban por las Grutas de Alvados, Alberto sintió una presión en el corazón. El dolor le hizo llevarse la mano al pecho y desviar la trayectoria del coche justo en una curva en lo alto de un barranco. Susana no acertó a coger el volante para evitar la caída. El vehículo impactó varias veces contra las rocas mientras caía al abismo. Al final de su descenso explotó. Las llamas consumían los cuerpos de Alberto y Susana.

Acababa de archivar el relato y ya se sentía liberado, pese a que todavía faltaba mucho para la muerte de sus padres. Malévolo, los invitó a ver una película de su época, *Thelma y Louise*. Lo pensó para sí, más que para ellos. Quería ver cómo el coche

de las protagonistas arrancaba hacia el precipicio del Gran Cañón y recrearse imaginando a sus padres en ese Ford ThunderBird descapotable en el que las dos mujeres buscaban la libertad, donde él imaginaba la suya.

El gesto de Leoncio les produjo alegría, creyeron que había recuperado la ilusión y la buena relación con ellos. Incluso quiso probar lo que se sentía al levantarse a las seis de la mañana para ir a trabajar con el socio de su padre. Quizá eso le proporcionaría nuevas ideas para sus historias. Así que cuando lo dijo, sus padres lloraron agradecidos. Mientras se abrazaban, Leoncio sintió que se despedía para siempre.

Al cabo de una semana, Alberto les invitó a cenar en un restaurante. Ya no coincidían en las comidas caseras debido a los intensos horarios de su hijo.

—Tenemos una noticia para ti, queremos hacer un viaje para celebrar los treinta años de matrimonio.

—Estamos muy ilusionados —dijo Susana.

«¡Bien!», se dijo Leoncio. Sus padres ya tenían pasaje para el cadalso.

Durante la cena, todo eran risas. Alberto contaba un chiste tras otro.

—¿Sabéis cuál es el colmo de una florista? Que se llame Margarita y el novio la deje plantada —y explotaban a carcajadas.

Leoncio, manteniendo la risa, les contaba el suyo.

—¿Sabéis cómo consigue Andrés que sus empleados lleguen puntuales al trabajo? Somos veinticinco, pero solo deja veinte aparcamientos libres —y reían.

Llegó el día en que Alberto y Susana embarcaban en el Swan Hellenic Dian. Leoncio se iba a Pekín en un viaje de negocios para la empresa de Andrés. Era una separación larga, pero no tanto como la que Leoncio esperaba con impaciencia.

Durante su primera estancia en la capital china, Leoncio se desenvolvía con gran facilidad gracias a su conocimiento del idioma. Le encantaba ver cómo la tecnología digital se ramificaba sobre la ciudad en grandes pantallas murales. El móvil era un órgano más para los veinte millones de habitantes que

llenaban las calles. Se sentía diferente, no por carecer de ojos rasgados o ser pelirrojo, sino porque había decidido no llevar el móvil cuando paseaba por la ciudad en sus horas de desconexión del trabajo. Ni tan siquiera buscó noticias de su país para confirmar el fallecimiento de sus padres. Ya le informaría Andrés que, muy pronto lo convertiría en su secretario. Y así fue, mientras degustaba el *sushi* y los *jiaozi* le llamó.

—Leoncio, ¿te has enterado?

—¿Qué ha pasado? —contestó hipócrita.

—Tus padres... El coche en el que iban cayó por un barranco en el trayecto de Lisboa a Oporto. Ven cuanto antes. Ya me encargo de los trámites necesarios con el seguro y demás. Estamos desolados. Luisa está en *shock*.

Leoncio se mantuvo en silencio, seguía el protocolo en esos casos, solo que las facciones de su cara no mostraban tristeza, sino satisfacción. Tras el intermedio volvió al escenario.

—¡Dios! —exclamó Leoncio—. ¿Seguro que son ellos?

—Encontraron las gafas zanahoria tan características

de tu padre a un lado de la carretera, junto a una de las matrículas del coche —le confirmó Andrés—. Me extrañó que no me llamara en todo el día cuando le dejé un mensaje por un tema de la empresa. Al final contacté con la agencia de viajes y me dieron la mala noticia. De todas formas, tendrás que viajar a Portugal para confirmar que son ellos —A Leoncio no le cabía la menor duda... ni más alegría, rebosaba de ella.

60 |

Terminadas las gestiones con la embajada española y la funeraria, empezaba para él una nueva vida. Lo primero que hizo fue imponer el mayor porcentaje de participación que tenía en la empresa para cambiar los cargos directivos y relegar a Andrés bajo su mando. Eso les creó fuertes discrepancias que obligaron a Andrés a venderle su participación en la empresa, que luego Leoncio ofreció a un *holding* empresarial. Finalmente, se quedó con todo el patrimonio de sus padres y se dedicó a viajar por el mundo. Olvidó por completo sus deseos de escribir. Solo releía sus propios relatos.

Tras dos años de viajes en cruceros, en el último de

ellos, que le llevaba a visitar la costas griegas, se fijó en una joven pareja de turistas que se abrazaban y se besaban en la piscina. En ese momento se sintió solo.

Al volver al camarote empezó a reflexionar sobre su vida, sus treinta y dos años, su ausencia de proyectos, su aislamiento. Buscó uno de sus relatos en el móvil para distraerse de lo que empezaban a ser preocupaciones y se puso a leerlo. Ya no le entretenía, sus ojos se apartaban de la pantalla, su mirada se dirigía tan lejos que parecía llegar allí donde se encuentra la materia oscura del universo.

De pronto deseó compartir toda la riqueza que había heredado con una bella mujer. Volvió a mirar lo que estaba leyendo y, en un brote de inspiración, su mente reaccionó. Sabía que podía conseguir todo lo que deseara escribiéndolo en sus relatos. Así que decidió explorar el género romántico.

Capítulo 3, del relato *Love Story*:

Leoncio salía de casa con la camisa blanca que se

compró en Camisería Burgos, tienda especializada en hacerlas a medida. Su abuelo y su padre solían ir a allí. Él nunca quiso seguir esa tradición, pero ahora lo veía como si hubiera conquistado un reino. Había conseguido el acceso a los servicios exclusivos de una clase dominante. Para los pantalones prefirió el estilo streetwear de lujo que ofrecía Foot District, el local de moda de los jóvenes con dinero.

62 | *Se dirigió a la discoteca Monocle, donde se reunían futbolistas, actores y demás personajes televisivos. Sus conquistas eran famosas entre sus amigos. No se explicaban cómo un pelirrojo gafotas con espinillas tenía tanto éxito. ¿Quizás por ser un políglota millonario? Había algo más que lo hacía irresistible a las mujeres: era su seguridad absoluta en atraer la atención de quien escogía para sí. Cuando veía una mujer que le gustaba, se dirigía hacia ella con la total convicción de ser deseado.*

Aún no había encontrado la mejor, era muy exigente. Se lo podía permitir; no tenía prisa, era joven. Pero aquel día vio a una chica que le impresionó

por su belleza. Estaba rodeada de otros tipos que se la disputaban con adulaciones, invitaciones, promesas. Solo le bastó una mirada para que la mujer adorada por aquellos serviles halagadores se fijara en él. Fue ella quien se le acercó, dejando atrás miradas resignadas que cedían el terreno al Leoncio alfa. Se sentó a su lado. El corte en la falda dejó ver sus largas piernas que se movían en péndulo, hipnotizando al mago del encantamiento. El balanceo se detuvo. De nuevo la mirada de Leoncio la fascinó. Enmudeció. Fue él quien se presentó.

—Me llamo Leoncio. ¿Sueles dejar plantados a tus pretendientes?

—Solo cuando algo me atrae mucho, como tu mirada.

—Entonces no me quito las gafas, podrías desmayarte —le dijo muy serio.

—Es curioso —dijo ella—, nunca me han gustado los arrogantes, pero tu inmodestia está justificada. Me pareces encantador. Muy atractivo y elegante.

—Nǐ hěn piàoliang —pronunció él.

—No entiendo Leoncio, ¿en qué idioma me hablas?

—En chino, significa: Tú eres muy bella.

La chica se ruborizó y pidió un gin-tonic para distraer la atención de Leoncio.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó él.

—Bárbara.

—Me gusta —le dijo con una sonrisa de satisfacción—. Siempre he querido conocer a una Bárbara.

[...]

Capítulo 8, del relato *Love Story*:

[...]

Cuando estaban en la piscina del barco, Leoncio supo que aquel era el momento en que debía pedirle matrimonio. La abrazó, se besaron y, cuando se iba a declarar, perdieron flotabilidad y sus cuerpos se hundieron unos centímetros bajo el agua. Ambos recuperaron la posición y entonces fue ella quien

le pidió estar juntos para siempre. Su alegría la expresaban moviendo las piernas que les estabilizaba en el agua, dispersando burbujas que los envolvía en un estado de felicidad plena.

[...]

Leoncio pronunció la frase que sellaría sus vidas: «Juntos hasta la eternidad».

LAS TROMPETAS DE JERICÓ

66 | Así terminaba la última narración que inició en el verano de 2019 y le ocupó seis meses de trabajo. Como era habitual en él los pasó encerrado en su habitación hasta que en otoño le puso el punto final. Releyó el relato y corrigió lo necesario, pero no le convenció tanto como los anteriores. Pensó que había perdido fluidez. Había estado tres años sin escribir, viaje por aquí, viaje por allá. Recordó a su madre cuando le decía que si no practicaba a diario en el piano, sus dedos se encogían y dejaban de responder a sus emociones musicales. *Love Story* le parecía un poco cursi y caía en el humor fácil. Pero pensó que así era el género romántico y la mayoría de las relaciones amorosas del estatus social al que pertenecía. Así que lo archivó y esperó a su Bárbara.

Llegó la primavera y pensó que era la época ideal para enamorarse. Igual que en el relato, se fue a Camisería Burgos y a Foot District para vestirse. Al día siguiente salió de casa para dirigirse a Monocle,

la discoteca donde debía conocer a Bárbara. Allí se encontró con varios jugadores del Real Madrid que le saludaron. Tenía asiento en el palco del Bernabeu. Era muy respetado como socio del club. Luego se sentó con la actriz que acababa de ganar un Goya y dejó unos cuantos pasos de baile en el escenario antes de dirigirse a la barra para tomar un *gin-tonic*. De repente, se fijó en ella: Bárbara era tal y como la describía en el relato. Vio como se le acercaba dejando atrás un escenario de pasmarotes alineados en triángulo, como en una bolera. Sonrió imaginando que les lanzaba una bola para conseguir un *strike*.

Cuando Bárbara se sentó a su lado, él se presentó.

—Me llamo Leoncio. ¿Sueles dejar plantados a tus pretendientes?

—Solo cuando algo me atrae mucho, como tu mirada.

—Entonces no me quito las gafas, podrías desmayarte —lo decía muy convencido.

—Es curioso —dijo ella—, nunca me han gustado los arrogantes, pero tu inmodestia está justificada. Me

pareces encantador. Muy atractivo y elegante.

—*Nǐ hěn piàoliang* —pronunció él.

—No entiendo Leoncio, ¿en qué idioma me hablas?

—En chino, significa: Tú eres muy bella.

La chica se ruborizó y pidió un *gin-tonic* para distraer la atención de Leoncio, que le preguntó.

—¿Cómo te llamas?

—Bárbara.

—Me gusta —le dijo con una sonrisa de guion—. Siempre he querido conocer a una Bárbara.

De todos sus relatos, *Love Story* era el más ajustado a la realidad. Todo ocurría tal y como lo había escrito: sus posteriores citas, las cenas en los mejores restaurantes, los viajes a lugares exóticos... Fueron a Bali, donde practicaron *snorkel* entre peces de colores y mantas rayas, a las islas Lofoten, para ver las auroras boreales, y a Winicunca, en Perú, donde una espectacular montaña a 5.000 metros de altitud les ofrecía espectaculares franjas en siete colores. Incluso pensó que eran más felices que en

su relato. A pesar de ello estaba impaciente por llegar al capítulo 8 donde ella le pediría casarse.

Vivían en la casa de los padres de Leoncio. Bárbara siempre le decía que deberían hacer reformas, había notado temblores que causaban intermitencias en las luces. Él no le hizo caso. Sentía cierto apego por el estado natural de la casa, no quería cambiar su apariencia y le decía que, al fin y al cabo, siempre estaban fuera. Tenía razón, un nuevo viaje les esperaba.

Se embarcaron en el mismo crucero que Susana y Alberto habían reservado para celebrar sus treinta años de casados, el Swan Hellenic Diana. Leoncio no sintió ningún resquemor por ello. Al contrario, sabía que era en ese barco donde Bárbara le propondría casarse.

A los dos días del viaje, a punto de llegar a Oporto, salieron del camarote hacia la piscina. Leoncio llevaba un bañador de estilo bermuda surfera, llena de palmeritas sobre fondo amarillo.

—Me encanta cómo te quedan —le dijo Bárbara

entusiasmada, con la mano al pecho y luciendo un tanga que realzaba sus glúteos teñidos por el sol, tal cual Leoncio la había descrito en su relato.

Al llegar a la piscina, ella se lanzó al agua con estilo olímpico y sonó un espléndido chapuzón: ¡plaf! Leoncio prefirió bajar por las escaleras. Al llegarle el agua a la cintura se dejó zambullir: ¡chup! Se abrazaron y besaron. Leoncio recordó el capítulo de su relato y pensó en pedirle matrimonio. Cuando se iba a declarar perdieron flotabilidad y sus cuerpos se hundieron unos centímetros bajo el agua. Ambos volvieron a flote y entonces fue ella quien le pidió estar juntos para siempre. Su alegría la expresaban moviendo las piernas para estabilizarse en el agua, dispersando burbujas que los envolvía en un estado de plena felicidad.

La boda se celebró por todo lo alto. Alquilaron el Palacio de Aldovea, una construcción del siglo XVIII. Futbolistas, actores, magistrados, políticos, ingenieros, y periodistas –unos invitados, otros ejerciendo su profesión–, presenciaron la ceremonia

que les unía en matrimonio. En el momento en que se ponían los anillos, Leoncio le dijo: «Juntos hasta la eternidad». Así era como finalizaba su relato.

Leoncio lo tenía todo y podía compartirlo con la mujer que había elegido. Se sentía feliz.

Pasaron tres años de su *Love Story* y se querían más que nunca.

Un día Bárbara estaba sola en casa buscando por internet agencias para reformar la vivienda que, finalmente, Leoncio había aceptado renovar. De repente, un temblor la asustó. Pensó que era uno más de los que ocurrían de vez en cuando. Las luces se apagaron y encendieron. Una nueva sacudida, más intensa, la hizo levantarse de la silla. Corrió, pero una grieta en el parqué la hizo tropezar. Se golpeó la cabeza al caer y quedó inconsciente. El interior del ordenador se iluminó por un chispazo que provocó un incendio. Los cables se retorcieron propagando las llamas sobre la mesa y las cortinas de la ventana. Bárbara seguía inconsciente. Un nuevo temblor hizo caer las viejas y carcomidas vigas sobre ella.

Despertó y empezó a chillar, inmovilizada por los escombros. En ese momento llegó Leoncio, asustado por el humo que salía de la casa. Corrió entre las llamas que devoraban con intensidad aquel escenario apocalíptico: su madre carbonizada en el retrato, el interior de la coctelera que explotaba por el alcohol que contenía y todos los documentos de sus relatos se desintegraban en su ordenador. Leoncio apartaba los cascos para intentar llegar hasta los gritos de Bárbara. Cuando la encontró tenía las llamas muy cerca.

—Amor, te voy a sacar de aquí. Resiste, por favor —le decía Leoncio mirando su cabeza ensangrentada.

—No puedo moverme. Tengo las piernas atrapadas —lloraba Bárbara.

El calor y el humo restaban las fuerzas con que intentaba salvarla.

—¡No consigo moverte, Bárbara! ¡Es imposible! —decía llorando.

—Déjame pues, amor. Sálvate tú. Estoy muy mal, me siento desvanecer. Te quiero.

Lentamente, Bárbara se iba de este mundo. Leoncio, al verlo, se resignó a dejarla a merced de las bocas de fuego que se acercaban. La besó y le apretó las manos con amor despidiéndose de ella. Pero cuando quiso soltarlas una extraña fuerza se lo impidió. No podía separarse de Bárbara.

—¡Suéltame, suéltame! —gritó creyendo que era ella quien le retenía.

Leoncio lo intentaba una y otra vez sin lograrlo. El poderío de aquel agarre era tal que le parecía estar atrapado por la boca de un dragón de fuego, con sus mandíbulas llenas de dientes afilados aferrados a su cuerpo impidiendo que se apartara de ella.

—¡Suéltame, suéltame! —seguía implorando sin poder escapar.

Bárbara ya no se rendía a los conjuros de Leoncio. Se había ido para siempre.

El fuego lo consumía todo. El lector se abrasaba. Un nuevo estruendo hizo ceder lo poco que quedaba en pie de aquel lugar. Leoncio comprendió que había terminado el relato demasiado pronto. En una

fracción de tiempo su mente se llenó de recuerdos y pena. Se arrepintió de las narraciones que habían provocado la muerte de aquellas personas, entre ellas sus padres, a los que ahora querría tener cerca. Ese deseo sería el último que se cumpliría en el más allá. Iba a morir retenido junto a su Bárbara mientras oía las sirenas acercarse. Le parecieron las trompetas de Jericó que tocaban el himno “Juntos hasta la eternidad”.



El QR te enlaza con mi página web: www.pascualmorant.com
Conocerás más sobre mi trayectoria artística.

A stylized, handwritten signature in black ink, consisting of a few fluid, connected strokes.